

«Con motivo de la victoria de Jalatlaco, fui agraciado por el Gobierno con el grado de General de Brigada.» (Memorias).

El Sr. Quevedo y Zubieta, que, proplamente con justificación, atribuye una considerable influencia sobre la táctica del General Díaz, al ejemplo é historia del gran cura Morelos, del que Porfirio fué gran admirador en su juventud, é imitador después en muchos de los actos militares de su vida, describe así el brillante asalto del atrio de Jalatlaco:

«Luego, á la vanguardia de González Ortega, sigue en persecución de Márquez.

«Ir con una pequeña fuerza en pos del sombrío guerrillero que se declaraba, en nombre de la religión, *destinado á sacrificar á los jóvenes liberales de talento y de valor*, era visto entonces como caminar al suicidio. . . . El 13 de Agosto, con su avanzada de 230 oaxaqueños, y una reserva de zacatecanos, lo asaltó en Jalatlaco, según la táctica del padre Morelos. . . .

Sobre la marcha encargué la artillería y las dos brigadas de infantería, al pundonoroso, entendido y valiente General D. Santiago Tapia, y personalmente me puse al frente de la primera Brigada de caballería, que mandaba el instruido y valiente Coronel D. Antonio Álvarez, adelantándome con ella hacia Tianguistenco.

Tres leguas antes de llegar á aquella población, supe, por algunos transeuntes, que estaba ocupada por fuerzas reaccionarias.

Inmediatamente, y al galope de los caballos, me dirigí, protegido por la obscuridad de la noche, para la citada población, con el objeto de sorprender en ella á los reaccionarios. Al llegar á la hacienda de Atenco, distante una legua de la hacienda de Tianguistenco, el enemigo, protegido por un puente, por las casas de una hacienda, por el terreno fangoso é intransitable que circumbala á ésta, rompió sus fuegos sobre una descubierta de cincuenta caballos del primer escuadrón de Zacatecas, que coloqué al frente de la columna, á una distancia de cincuenta pasos de ésta.

Los fuegos fueron contestados: mandé entonces, que la descubierta no hiciera alto, y marché al mismo tiempo con la columna.

Siete minutos después, los reaccionarios abandonaban el puente y las casas de la hacienda y se replegaban corriendo á Tianguistenco, en cuyo punto hicieron otra ligerísima resistencia, huyendo poco después.

Cuando llegué á aquella población, y me impuse de que el enemigo que iba corriendo era de los reaccionarios que se hallaban en la Sierra de las Cruces, y de que sólo se componía de ochenta á cien hombres, que se colocaron, sin duda, en el puente de Atenco, para impedir el paso por él, mandé para que los persiguieran y dispersaran, cincuenta caballos del primer escuadrón de Zacatecas y ciento del de carabineros de Puebla, quienes llegaron hasta el pue-

«Contra la ventaja del número, el impresionismo súbito del ataque. Llega en la noche, sin anunciarse, hasta el atrio del pueblo, en que la numerosa tropa reaccionaria duerme, con la confianza de que la columna de González Ortega —única capaz de atacarla,— está lejos. Se oye una descarga, gritos de confusión y de huida. . . . Un jinete, desprendido de la fuerza agresora, salta entre los pelotones de Márquez. . . . Era Porfirio, cuyo caballo, espantado, se echaba sobre el enemigo, coceando. . . . El histórico SAN PEDRO de Leandro Valle, fué un caballo malhadado que perdió á su amo. El caballo espantado de Jalatlaco, llevaba al Oaxaqueño y su extraña fortuna. El espanto del bruto se comunicó á Márquez y su cúmulo de Generales, que huyeron tras de complicada refriega en las calles del pueblo, dejando un regular botín y muchos prisioneros.

blo de Jalatlaco, donde hicieron un prisionero que me presentaron en Tianguistenco, y éste me informó, que en aquel pueblo se encontraba el grueso del enemigo, mandado por Márquez, Zuloaga, Negrete y demás cabecillas reaccionarios, quienes desde á las siete de la noche, tenían ocupados todos los reductos naturales de dicho pueblo.

Esto pasaba á las nueve de la noche.

Dispuse entonces que el señor General Carbajal, con cuatro compañías de la segunda Brigada de caballería, una pieza, y la primera Brigada de infantería, compuesta de las fuerzas de Oaxaca, tomase la vanguardia; que siguiera luego la artillería y en seguida el resto de la caballería.

Organizada así la columna, emprendí la marcha para Jalatlaco, adonde llegué á las once y media de la noche. Nuestra vanguardia rompió sus fuegos, que contestó el enemigo, quien abandonó los puestos avanzados que ocupaba, reconcentrándose al cementerio y parroquia de Jalatlaco.

Hice avanzar inmediatamente otras dos compañías de los batallones Sánchez Román y primero de Zacatecas, para que protegieran á las fuerzas de Oaxaca, que se batían heroica y bizarramente, y dejando las reservas, en un punto que juzgué á propósito, al señor General Tapia, por la confianza que me inspiraron los conocimientos militares de este jefe, marché con la segunda Brigada de infantería, compuesta de las fuerzas de Zacatecas, las que coloqué á una y media cuadra de distancia de los puntos donde se sostenía el enemigo: nombré jefe de la línea más inmediata á éste, al intrépido General Carbajal, á quien le previne que solamente sostuviera los fuegos, que circunvalara los puntos que defendían los reaccionarios, procurando conservar de nuestro parque, una parada por plaza, para dar el asalto y decidir la batalla á las primeras horas del día, pues temí que se batieran mis fuerzas unas contra otras, por no conocer el terreno, por los barrancos de éste y por la obscuridad de la noche, porque la luna se ocultó y no había más claridad que la que producía el fuego de fusilería y el de las piezas de montaña que se hallaban jugando.

«Poco después, González Ortega, el abogado-General, que no era entonces más que EL VENCEDOR DE CALPULÁLPAM, levantaba á Porfirio en un abrazo entusiasta, y oficialmente pedía para él, á D. Benito Juárez, el grado de General de Brigada.»

Es cierto que el caballo del asaltante se espantó al entrar por la puerta del atrio, pues en esos momentos, el enemigo disparó sobre el Coronel Díaz una pieza de artillería que defendía la entrada y estaba cargada con metralla.

La serenidad del jinete, que lanzó su caballo hacia un lado, le salvó de ser barrido por la descarga.

El General González Ortega hizo algo más que abrazar al denodado jefe oaxaqueño; rindió el honroso parte que hemos publicado, y escribió al Presidente Juárez lo siguiente: *Deseo el ascenso para Porfirio Díaz. Yo me avergonzaría de ser General, si él, después de lo ocurrido á presencia mía, y bajo mi mando, no llegara inmediatamente á serlo.*

El combate duró tres horas y media y se habría prolongado hasta el amanecer si la noble ambición de gloria no hubiera arrastrado al bravo Coronel D. Porfirio Díaz, jefe de las fuerzas de Oaxaca, y á su valiente oficialidad, á atacar de frente á la parroquia y cementerio, lo que dió por resultado que el enemigo abandonara estos puntos de donde era arrojado, dispersándose absolutamente á las tres de la mañana del día 14, hora en que daba á usted el parte respectivo, que escribí en el cementerio de la parroquia, sobre una caja de guerra, cuando aún no habían cesado los fuegos, y en medio de los cadáveres de los bravos oaxaqueños.

Tuvieron también la gloria de batirse al par de éstos, dos compañías de los valientes batallones de Zacatecas, Sánchez Román y primer Ligero, así como cuatro compañías de los señores General Carbajal y Cuéllar, á quienes mandé cubrir algunas avenidas, en las que se batieron y dispersaron á los gruesos pelotones de las fuerzas reaccionarias que huían.

El resto de nuestra tropa no tuvo la honra de batirse, pues el enemigo no pudo resistir ni á una tercera parte de nuestras fuerzas: lo mismo aconteció respecto del valiente y modesto Coronel D. Aureliano Rivera, quien hallándose á la retaguardia de la Columna, á consecuencia de haberse incorporado á la División ya muy noche, por haberlo tenido colocado en una hacienda distante de Toluca, cuando me moví de aquella ciudad no me fué posible, por la estrechez del camino, colocar parte de su fuerza á vanguardia, lo que me habría sido de mucha utilidad, por el conocimiento que tiene del terreno.

Márquez y Zuloaga perdieron los tres mil hombres con que se hallaban en Jalatlaco, las únicas cinco piezas de artillería que tenían, todo su armamento y todo su parque, pues no salvaron ni una parada de cartuchos.

En cuanto al disgusto con el General Carbajal, hay algo que, hasta ahora, no ha sido relatado.

Cuando Porfirio Díaz le quitó de la mano la pistola, Carbajal trató de resistirse á ser desarmado, diciéndole en voz alta:

—Soy su jefe . . .

—Largo de aquí, ladrón, le contestó D. Porfirio, amartillando al mismo tiempo su pistola . . .

Carbajal, al oír el ruido producido por el arma al ser amartillada, se retiró de allí más que de prisa.

El calificativo de ladrón, pudiera ser justificado, pues que, durante la misma expedición á Jalatlaco, un día los oficiales del Ge-

Quedaron también en nuestro poder cerca de trescientos prisioneros, no habiendo sufrido esta suerte Gálvez y Perea, como equivocadamente lo aseveré en mi primer parte.

Una de las compañías del Batallón de Oaxaca, cayó prisionera con su respectivo Capitán, y habiendo mandado Márquez que este último fuera inmediatamente fusilado, el Teniente D. José de la Luz Arpide, que fué encargado de cumplir esta bárbara orden, prefirió, á cometer este crimen, fugarse de las filas reaccionarias con todo y la fuerza que se le dió para la ejecución, salvando de este modo á uno de nuestros valientes.

Ambos se me presentaron en el campo y entre los fuegos, y yo concedí á Arpide, en nombre del Supremo Gobierno, su libertad absoluta: mas como quiero que el partido liberal aparezca más grande, valiente y generoso que ningún otro, desearía que el Supremo Gobierno le diera una colocación, que no fuera en las armas, al citado Arpide, como una justa recompensa del servicio que me prestó.

También suplico al mismo Supremo Gobierno se sirva conceder, por ahora, el grado del empleo inmediato, al Sr. Coronel D. Porfirio Díaz y al Teniente D. Abraham Méndez, en el concepto de que este último, cuando cayó, por haberle llevado una granada una pierna y herídole gravemente la otra, decía: TENGO LA GLORIA DE HABER PERDIDO UN MIEMBRO POR LA LIBERTAD Y POR LOS PROGRESOS DE MI PATRIA.

Sírvase usted dar cuenta con esta comunicación al ciudadano Presidente, y admitir las protestas de mi respetuosa consideración.—Libertad y Reforma, México, Agosto 22 de 1861.—C. Ministro de Guerra y Marina.—Acuerdo.—Agosto 23 de 1861.—Enterado con satisfacción, que á nombre del Supremo Gobierno dé las más expresivas gracias á sus subordinados, por su honroso comportamiento, con el cual cooperaron á la destrucción del cabecilla más audaz de la Reacción.—Que el Gobierno reconoce en su justo valor el servicio prestado por el C. Coronel Porfirio Díaz y Teniente Abraham Méndez, y por ello les acuerda, en consonancia con su solicitud, el grado del empleo inmediato al primero, y el empleo de Capitán al segundo.—Públíquese.—Rúbrica.

neral Carbajal se robaron varios caballos ensillados, pertenecientes á los oficiales de Porfirio, que al saberlo, fué adonde se encontraban los caballos robados y los recuperó, pistola en mano, exigiendo, además, que en el acto le fueran entregadas las monturas.

Con tal motivo se empezó á suscitar un violento altercado, frente á la casa en que Carbajal se encontraba, oyendo todo.

Enterado el General González Ortega de lo que estaba pasando, llamó violentamente á D. Porfirio, quien no quería ceder, hasta que el mismo General en jefe le ofreció que en el acto le serían entregados cincuenta pesos en dinero por cada una de las monturas reclamadas.

Carbajal tuvo á bien no salir de la casa en que estaba.

Entre el botín quitado en Jalatlaco al enemigo, había algunas barras de plata forradas en manta, y con la dirección de una casa comercial, escrita en inglés, en el forro. El General Díaz, que las había visto, dió aviso á González Ortega, pero Carbajal no las entregó, manifestando que se habían extraviado.

Algunos días después ocurrió un episodio, que el mismo D. Porfirio ha relatado.

«Estando en Pachuca, entré un día á almorzar en la fonda de «La Estrella,» que pertenecía á un Sr. Salinas, porque allí tomaba siempre mis alimentos, y me encontré con algunos oficiales de las fuerzas de Carbajal, entre los cuales estaba Carbajal mismo, quienes ya habían concluido de comer, y se entretenían en tirarse bolas de pan, y hubo uno que arrojó sobre otro un vaso de pulque en la mesa del centro del comedor, donde yo comía. En una mesa del rincón estaba sentado el Gral. D. Juan B. Traconis, con su sobrino D. Daniel Traconis, actual Gobernador de Yucatán, y sus ayudantes. Yo no me había fijado en ellos, porque desde que entré estaba mal dispuesto por las llanezas de los comensales, y no quise fijarme en los que estaban allí. Cuando el pulque que se arrojó, llegó cerca de mi plato, se me agotó la paciencia, saqué mi pistola que estaba cargada y la examiné para ver si estaba al corriente. Entonces tomó la palabra Carbajal y me dijo:

—«Compañero, parece que Ud. se molesta por lo que hacen los muchachos.

—«No me molesto, le contesté; pero creo que el mismo derecho que tienen Uds. para tirar bolas de pan, tengo yo para corresponderles con bolas de plomo.

«En ese instante se levantó de su asiento el General Traconis, y me dijo:

—«Porfirio, no está Ud. solo; estos son unos malvados.

«Nada contestaron á ésto los oficiales, y así ellos, como Carbajal, se salieron de la fonda.» (Memorias).

Con los restos de su tropa, Márquez huyó hacia Huisquilucan, y sobre él se movieron los Generales Alatorre y Berriozábal, en tanto que la columna de González Ortega regresaba á la capital, en donde el General Díaz volvió á ocupar su puesto en la Cámara de Diputados.

Poco después se supo que el tenaz General Márquez, al frente, otra vez, de una considerable fuerza, marchaba sobre Pachuca.

«El 19 de Octubre de 1861, poco después de nuestro arribo á la capital, supo el Gobierno que Márquez, con una Columna formada de los restos de Jalatlaco y otra partida que había recogido en los Estados de Querétaro y San Luis, llegaba á Pachuca, y que la Columna del General Santiago Tapia, que maniobraba cerca de aquella plaza, era insuficiente para batirlo, y ordenó que otra Columna, formada con los batallones de Oaxaca y Lanceros del mismo Estado, á las órdenes del General Mejía, de la que yo era Mayor General, marchara á ponerse á las del General Tapia.

«Hicimos una marcha rápida, y al día siguiente, 20 de Octubre de 1861, llegamos á Pachuca, de donde rechazamos, sin gran esfuerzo, las tropas de Márquez, quien abandonó con ellas la ciudad poco defendible, y se dirigió al camino que conduce al Real del Monte, en donde tomó posiciones.

«Inmediatamente al salir de la carretera, advertimos que una loma de poca elevación, llamada la «Cruz de los Ciegos,» se hallaba coronada por una compañía de infantería, que se replegó al ser tiroteada por nuestra descubierta, hacia las posiciones de su respectiva retaguardia, las que, al dejar nosotros atrás la «Cruz de los Ciegos,» pudimos apreciar.

«Efectivamente, vimos que la caballería enemiga en columna, dándonos el frente, se encontraba por todo el camino; y á la izquierda, como enfrentando oblicuamente á la cabeza de nuestra Columna, que por dicho camino marchaba, había en las dos eminencias que coronan un cerro que allí existe, fuerzas de infantería dotada con artillería, la que estaba en la cumbre más elevada y un poco más lejos.

«El citado camino, en el trayecto que de él ocupamos, casi está cortado á tajo, á la izquierda, y á su derecha hay un descenso rápido del terreno.

«Visto todo esto por el General en Jefe, que imaginó podía la ca-

ballería enemiga cargar de frente ó flanquear por la derecha, ordenó al General Mejía que, con la compañía de Granaderos del primer Batallón y un obús, defendiera la citada carretera, y á mí me previno que atacara las posiciones defendidas por la infantería y artillería contrarias.

«Al efecto, puso á mis órdenes el resto del primer Batallón y el segundo, diciéndome que, al serme necesario, dispusiera del Batallón de rifleros de San Luis, que mandaba el Teniente Coronel D. Carlos Salazar, que me seguiría de cerca, y aun del de Carabineros á caballo, que era á las órdenes del Coronel D. Antonio Álvarez.

«El sol de la mañana iluminaba de lleno el teatro de los sucesos, y nada se escapaba á la vista de los combatientes.

«Recibidas las instrucciones, emprendí el ataque sobre la altura más cercana y menos elevada, que carecía de artillería; pero la aspereza del terreno por donde ascendí, hacía difícil la marcha de avance, en que la tropa se rendía de fatiga. Más suave era el declive de la cumbre principal, y observado ésto y para disponer de tropas de refresco, hice uso de rifleros y me dirigí á aquella artillada eminencia, que tras de breve lucha tomé, no sin haber dispuesto antes de una parte del Cuerpo de Carabineros, á las órdenes del Capitán D. Adolfo Garza, quien mereció una especial mención y su ascenso á Mayor, por su conducta distinguida en este hecho de armas. El enemigo nos dejó en este cerro toda su artillería, que era de Montaña.

«Tomada la principal posición, donde se me dejó abandonada la artillería, descendí sobre la otra, haciendo huir al enemigo.

«En tanto que tenía efecto el ataque principal, la caballería contraria se echó encima del General Mejía; pero la fuerza, que había quedado un tanto fatigada á la falda del cerro, después de verificado el encuentro sobre la eminencia de menor elevación, le auxilió con toda oportunidad, y hubo de retroceder dicha caballería y bien pronto acompañar en su fuga á toda la tropa enemiga, que se declaró en derrota, habiéndome puesto yo luego en su seguimiento.

«Después de efectuar una larga persecución hacia «El Grande,» volví en la noche á Real del Monte, donde el General Tapia, jefe de las fuerzas, y el General Mejía, jefe de mi Brigada, habían acuartelado las tropas que no tomaron parte en el alcance.

«Pasados cuatro ó cinco días de permanencia indispensable en Real del Monte, para levantar el campo en una dilatada extensión, y para poner á los heridos en condiciones de marchar unos, y de ser atendi-

dos los otros en un hospital de sangre que se estableció, volvimos á la ciudad de México con los fuerzas de Oaxaca.*

Juárez, el gran reformador, había, por fin, triunfado, y el partido conservador quedaba transformado en partido reaccionario; pero la larga lucha sostenida, conquistando principios, agotó los recursos nacionales.

Obligado por las circunstancias, tuvo el Congreso que decretar, en 17 de Julio, la suspensión de todos los pagos, aun el de las asignaciones extranjeras.

Y entonces sucedió lo que era de esperarse: las naciones acreedoras, Francia, Inglaterra y España, poniéndose de acuerdo, decidieron imponer á la nación deudora, medidas coercitivas.

Surgieron las intrigas, interviniendo en ellas, desde las pérfidas insinuaciones de los traidores J. M. Hidalgo, Almonte, Estrada y algunos otros malos mexicanos, y la falsedad política de los Ministros ingleses, españoles y franceses, hasta las quiméricas aspiraciones del desequilibrado Napoleón III, los místicos ensueños y disparatados ideales religiosos de su esposa Eugenia, la insaciable ambición del

* Detall de la acción que el día 20 de Octubre de 1861, la Brigada Mixta del mando del C. General Santiago Tapia, libró en la Sierra intermedia de Pachuca al Mineral del Monte, derrotando al ejército reaccionario, al mando de sus principales caudillos, Márquez, Mejía, Zuloaga, Zires, Herrera y Lozada, etc., etc.—México, Imprenta de Vicente G. Torres.—1861.

Ministerio de Guerra y Marina.—Sección primera.—Ejército Constitucional.—Brigada Mixta.—General en jefe.

Ofrecí á Ud. darle el Detall de la gloriosa acción del día 20, en las alturas de Pachuca al Mineral del Monte, y voy á tener el honor de hacerlo.

Esta Brigada, con la denominación Tapia, tuvo Ud. la oportuna y feliz idea de aumentarla con la de Oaxaca, al mando de los C. C. Generales Ignacio Mejía y Porfirio Díaz, para que marchase al encuentro de los rebeldes, que en número respetable se dirigían de Ixmiquilpan á Pachuca.

Desde mi salida de la Capital creí, y se lo manifesté á Ud., que el enemigo se dirigía á Pachuca, atraído por los recursos de que se podría hacer.

No me equivoqué, y desde luego vi con satisfacción que había llegado el momento ansiado de hacer un esfuerzo para librar á la Nación del nuevo golpe que se le preparaba, á la vez que evitar el robo de estos minerales, porque, efectuado, impulsaría infinito los trabajos de los enemigos.

Así fué, y emprendiendo rápidamente mi marcha desde Tizayuca con toda esta Brigada, á la una de la mañana del citado día 20 del actual, estimulábamnos y persuadíamos á la bennemérita tropa que la forma, á forzar una segunda jornada, cuando sin descansar, ni comer apenas, había dormido algunos instantes.